Homilía de Nochebuena

Queridos hermanos y hermanas,

Que el Señor os done la paz!

Esta noche me gustaría dar voz a un sentimiento profundo que creo que todos sentimos y que encuentra eco en el Evangelio que acabamos de proclamar: *«Porque no había lugar para ellos»* (Lc 2, 7). Al igual que con María y José, para nosotros, aquí hoy, parece que no hay lugar para la Navidad. Durante demasiados días, todos nos hemos sentido asaltados por la dolorosa y triste sensación de que no hay lugar, este año, para esa alegría y paz que, en esta noche santa, a pocos metros de aquí, los ángeles anunciaron a los pastores de Belén.

En este momento no podemos dejar de pensar en todos aquellos que en esta guerra se han quedado sin nada, desplazados, solos, afectados en sus seres más queridos, paralizados por su dolor. Esta noche recuerdo a los rehenes secuestrados a sus familias. Recuerdo a los que languidecen en las cárceles sin juicio. Pienso, en particular, en Gaza y en sus dos millones de habitantes. Verdaderamente, que *"no había lugar para ellos"* expresa bien su situación, conocida por todos hoy y cuyo sufrimiento no cesa de clamar al mundo entero. Ya nadie tiene un lugar seguro, un hogar, un techo, privado de lo esencial para la vida, hambrientos y aún más expuestos a una violencia incomprensible. Parece que no hay lugar para ellos, no sólo físicamente, sino ni siquiera en las mentes de quienes deciden el destino de los pueblos. Esta es la situación en la que vive desde hace demasiado tiempo el pueblo palestino, al que, a pesar de vivir en su propia tierra, se le dice constantemente: "no hay lugar para ellos", y lleva décadas esperando que la comunidad internacional encuentre soluciones para poner fin a la ocupación, en la que se ve obligado a vivir, y a sus consecuencias. Me parece que hoy cada uno está encerrado en su propio dolor. El odio, el resentimiento y el espíritu de venganza ocupan todo el espacio del corazón y no dejan espacio para la presencia del otro. Y, sin embargo, el otro es necesario para nosotros. Porque la Navidad es precisamente esto, es Dios quien se hace humanamente presente y quien abre nuestro corazón a una nueva forma de mirar el mundo.

No es que el mundo haya sido siempre hospitalario con Cristo: no es la constatación de hoy que hay pocos rastros de la fe cristiana, y de la Navidad cristiana en particular, en nuestra cultura secularizada y consumista. Este año, sin embargo, especialmente aquí, pero también en el resto del mundo, el estruendo de las armas, el

llanto de los niños, el sufrimiento de los refugiados, el lamento de los pobres, las lágrimas de tantas muertes en muchas familias parecen desafinar nuestros cantos, dificultar nuestra alegría, hacer que nuestras palabras sean vacías y retóricas.

Seamos claros: la venida de Cristo a nuestro mundo ha abierto para nosotros y para todos "el camino de la salvación eterna", que nada ni nadie podrá volver a cerrar. La fe, la esperanza y el amor de la Iglesia de Dios son indefectibles y descansan en la fiel promesa del Señor, y no dependen de los tiempos cambiantes y de las circunstancias, más o menos adversas, que nos rodean.

Es igualmente evidente, sin embargo, que estamos luchando, especialmente hoy, especialmente aquí, para encontrar un lugar para la Navidad en nuestra tierra, en nuestras vidas, en nuestros corazones. De ese modo, abierto por Cristo, corremos el riesgo de perderlo entre las calles destruidas, entre los escombros de la guerra, entre las casas abandonadas. Es posible que nuestros corazones apesadumbrados no logren sintonizar con el anuncio de la Navidad. Demasiado dolor, demasiada decepción, demasiadas promesas incumplidas abarrotan ese espacio interior en el que el Evangelio de la Navidad puede resonar e inspirar acciones y comportamientos de paz y de vida.

Así que preguntémonos: ¿dónde está la Navidad este año? ¿Dónde buscar al Salvador? ¿Dónde puede nacer el Niño, cuando en este mundo nuestro parece que no hay lugar para Él?

Era la cuestión de María y José, enfrentados a la dificultad de encontrar alojamiento esa noche, como hemos escuchado. Esta fue la pregunta que se hicieron los Pastores mientras buscaban al Niño. Esa fue la pregunta de los Reyes Magos, mientras seguían la estrella. Esta ha sido la pregunta de la Iglesia cada vez que ha perdido el rumbo. Esta es nuestra pregunta de esta noche: ¿cuál es el lugar de la Navidad hoy?

Y los Ángeles son los que nos responden. Esa noche, de hecho, y todas las noches, Dios siempre encuentra un lugar para su Navidad, también para nosotros, aquí, hoy, a pesar de todo, incluso en estas circunstancias dramáticas, lo creemos: Dios puede hacer espacio incluso en los corazones más duros.

El lugar de la Navidad es, ante todo, Dios. La Natividad de Cristo tiene lugar al principio en el Corazón misericordioso del Padre. Su amor infinito e inagotable eternamente engendra al Hijo y nos lo da en el tiempo, también en este tiempo. Es en Su buena y santa voluntad que ha decidido la salvación del hombre. *«Porque tanto amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para que el mundo se salve por Él»* (Jn 3, 16-17). En las circunstancias actuales, nosotros, toda la Iglesia, debemos volver a Dios, a su amor, si queremos redescubrir la verdadera alegría de la Navidad, si queremos encontrar el Salvador. Antes y más allá de cualquier explicación social y política, la violencia y la opresión del otro encuentran su raíz última en el olvido de Dios, en la falsificación de Su Rostro, en el uso instrumental y falso de la relación religiosa con Él, como sucede con demasiada frecuencia en esta nuestra Tierra Santa. No puede llamar "Padre" a Dios quien no sabe llamar "hermano" a su prójimo. Es aún más cierto, sin embargo, que no podemos reconocernos hermanos si no volvemos al Dios verdadero, reconociéndolo como Padre que ama a todos. Si no encontramos a Dios en nuestras vidas, inevitablemente perderemos el camino hacia la Navidad y nos

encontraremos solos, vagando sin rumbo en la noche, presa de nuestros instintos violentos y egoístas.

El "sí" de María y José, sin embargo, es también el lugar de la Navidad. Su obediencia y fidelidad es la casa en la que el Hijo vino a morar. La voluntad de Dios no es un poder que somete y doblega, sino un Amor que despliega toda su fuerza solo si es acogido en la libertad fiel y generosa, la verdadera libertad, que no es arbitrariedad, sino responsabilidad amorosa por nuestra propia vida y la de los demás. El Hijo de Dios, engendrado por el Padre, entra en el tiempo por la puerta abierta de la libertad humana. Dondequiera que un hombre y una mujer digan "sí" a Dios, ¡allí es Navidad! Allí donde alguien está dispuesto a poner su vida al servicio de la Paz que viene de lo Alto y no solo para cuidar de sus propios intereses, allí nace y renace el Hijo. Por eso, si queremos que sea Navidad, incluso en tiempos de guerra, todos debemos multiplicar nuestros gestos de fraternidad, de paz, de acogida, de perdón y de reconciliación. Diré más: todos debemos comprometernos, empezando por mí mismo y por quienes, como yo, tenemos responsabilidades de liderazgo y orientación social, política y religiosa, a crear una "mentalidad del sí" frente a la "estrategia del no". Decir sí al bien, sí a la paz, sí al diálogo, sí al otro no debe ser solo retórica, sino un compromiso responsable, dispuesto a hacer espacio, a no ocuparlo, a encontrar un lugar para el otro y no negarlo. La Navidad fue posible gracias al espacio que María y José ofrecieron a Dios y al Niño que vino de Él. No será diferente para Justicia y Paz: no habrá justicia, no habrá paz sin el espacio abierto por nuestro "sí" disponible y generoso.

No sería Navidad sin los pastores. Incluso el hecho de velar por la noche también pertenece al Evangelio. Y son los primeros en encontrar al Niño. El evangelista Lucas no se detiene tanto en su condición social como en su interioridad. Ellos fueron los pastores de esa noche, personas inteligentes, acostumbradas a lo esencial, capaces de actuar, abiertas a lo nuevo, sin demasiados cálculos ni razonamientos y, por lo tanto, listos para la Navidad. En un tiempo inevitablemente marcado por la resignación, el odio, la ira y la depresión, ¡Necesitamos cristianos así para que todavía haya espacio para la Navidad! A esta querida Diócesis mía, a sus sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas, a laicos y laicas comprometidos, a todas las comunidades parroquiales con sus grupos y asociaciones, siento que debo recordarles que somos herederos de aquellos pastores. Sé bien lo difícil que es permanecer despierto, abierto a acoger y perdonar, dispuesto para comenzar una y otra vez, a volver al camino, aunque todavía sea de noche. Sólo así, sin embargo, encontraremos al Niño. Sólo este es el testimonio que asegura a la Navidad un lugar en este tiempo y en esta tierra, que desde aquí irradia a todo el mundo. Estamos aquí y pretendemos seguir siendo los pastores de la Navidad. Es decir, aquellos que, incluso en condiciones pobres y frágiles, encontraron al Niño, experimentaron su gracia y su consuelo, y quieren anunciar a todos que la Navidad es, hoy como ayer, verdadera y real.

Estimados, tengo en mi corazón un deseo que se convierte en oración: ¡Que nuestra voluntad de bien, concretada por nuestro "sí" responsable y generoso, por nuestro compromiso de amar y servir, sea el espacio en el que Cristo pueda nacer siempre de nuevo!

Pido esto para mí, para mi Iglesia de Tierra Santa y para todas las Iglesias: ¡Que sea una casa para todos, un lugar de reconciliación y perdón para los que buscan la alegría y la paz! Pido a todas las Iglesias del mundo, que en este momento nos miran no sólo para contemplar el misterio de Belén, sino también para sostenernos en esta trágica guerra:

sean portadores para sus pueblos y sus líderes del "sí" a Dios, del deseo de bien para estos pueblos nuestros, del cese de las hostilidades, para que todos puedan encontrar verdaderamente el hogar y la paz.

Rezo para que Cristo renazca en el corazón de los gobernantes y de los líderes de las naciones, y para que les sugiera su propio "Sí", que lo llevó a convertirse en nuestro amigo y hermano; y a todos, para que trabajen seriamente para detener esta guerra, pero sobre todo para que retomen los hilos de un diálogo que finalmente conduzca a encontrar soluciones justas, dignas y definitivas para nosotros popoli. La tragedia de este momento, de hecho, nos dice que ya no es tiempo de tácticas coyunturales, de referencias a un futuro teórico, sino que es hora de decir, aquí y ahora, una palabra de verdad, clara, definitiva, que resuelva la raíz del conflicto actual, elimine sus causas profundas y abra nuevos horizontes de serenidad y justicia para todos, para Tierra Santa, pero también para toda nuestra región, que también está marcada por este conflicto. Palabras como *ocupación y seguridad*, y muchas otras palabras similares que han dominado nuestros respectivos discursos durante demasiado tiempo, deben fortalecerse por la confianza y el respeto, porque eso es lo que queremos que sea el futuro de esta tierra, y sólo así garantizaremos una verdadera estabilidad y paz.

¡Que Cristo renazca en esta tierra, la suya y la nuestra, y que desde aquí comience de nuevo el camino del Evangelio de la paz para el mundo entero! ¡Que renazca en el corazón de los que creen en Él, moviéndolos al testimonio y a la misión, sin miedo a la noche y a la muerte! ¡Y que renazca también en el corazón de los que aún no creen, como un deseo de paz y de bien, de verdad y de justicia!

Que Cristo nazca también en nuestra pequeña comunidad de Gaza. Queridos míos, solía pasar unos días con vosotros, antes de Navidad. Este año no ha sido posible, pero no os abandonaremos. Estáis en nuestros corazones y toda la comunidad cristiana de Tierra Santa y del mundo está reunida a vuestro alrededor, sentid, tanto como sea posible, el calor de nuestra cercanía y de nuestro afecto.

¡Finalmente, que Cristo renazca en el corazón de todos, para que siga siendo Navidad para todos! ¡Feliz Navidad!

Belén, 24 de diciembre de 2023

+Pierbattista Card. Pizzaballa
Patriarca Latino de Jerusalén